

**LA INICIACIÓN CRISTIANA EN LA CIUDAD
DESDE LA PEDAGOGÍA DE JESÚS
Cómo acceder a la fe en la ciudad**

**CONVERSIÓN PASTORAL DE NUESTRAS COMUNIDADES
De una pastoral de conservación a una pastoral decididamente misionera.**

El recientemente promulgado Documento de la Va. Asamblea Plenaria del Episcopado Latinoamericano y el Caribe reunida en Aparecida – Brasil, al querer señalarnos el vuelco pastoral que debe asumir toda la Iglesia que peregrina en nuestro continente en la realización de su misión, señala una premisa fundamental al plantear dicho cambio: debemos partir de las grandes y profundas transformaciones que se están dando en el contexto histórico mundial y latinoamericano:

“La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De ahí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales.”

(Aparecida, No. 367).

La transformación radical que se dio a partir del Edicto de Milán promulgado por Constantino y Licinio en Milán en el año 313, por el cual una Iglesia minoritaria (que llegaba tal vez al 20% de toda la población del Imperio calculada en 50 millones, pero que llegaba a todas partes, “hasta donde no habían llegado las legiones romanas”, según Tertuliano), pero radicalmente misionera, vivificada por el espíritu de comunión y fraternidad y fecundada por la sangre de los mártires, constituyó un cambio profundísimo en su vida y en su institucionalidad.

Constantino y Licinio comprendieron que el cristianismo que había sobrevivido a los embates de las persecuciones sistemáticas durante tres siglos era la fuerza histórica e ideológica del futuro y por esa razón decidieron hacer de él la religión del Imperio. De esta manera el Edicto de Milán puso la bases sólidas **para transformar el estado pagano en un Estado cristiano y, como consecuencia, a la Iglesia catacumbal en la Iglesia de estado.**

Finalmente Teodosio (376 – 395), quien batalló para reunir Oriente y Occidente, puso la cúpula y punto final a la obra de Constantino, **haciendo del cristianismo la Religión del Estado**, dando origen a lo que posteriormente se denominaría el cesaropapismo, **la cristiandad** y la alianza entre trono y altar.

Con todo, ante no sólo el peligro sino también la insidiosa realidad de verse la Iglesia absorbida por el poder imperial, la acción del Espíritu Santo suscitó en la conciencia de numerosos creyentes un dinamismo profundamente renovador y profético y carismático para no dejarse sumergir y ahogar por la fuerza invadiente del Estado, acción del Espíritu que se manifestó en el nacimiento del monacato y cenobitismo, germen de la vida religiosa, como testimonio profético evangélico de comunión y fraternidad, con el anhelo de testimoniar la radicalidad en el seguimiento de Jesús; en la vigorosa conciencia de la justicia y de la solidaridad frente a las crecientes desigualdades sociales reivindicando el destino universal de los bienes de la creación y la búsqueda y afirmación del bien común más allá de los beneficios egoístas e intereses privados. Pero, sobre todo, vio la necesidad de dar un vuelco muy profundo a la pastoral de la Iglesia, reestructurando especialmente a la Iniciación Cristiana que se había configurado a partir del siglo II en el “Catecumenado” que Tertuliano había definido como “Tirocinia auditórium” (como el Noviciado de los “oyentes”, de los candidatos a hacerse cristianos), como el “Noviciado de la Vida cristiana”. Anteriormente, en la época de las persecuciones, Tertuliano afirmaba con una clara conciencia de las exigencias de la fe: “Fiunt, non nascuntur christiani” (Los cristianos no nacen sino que se hacen); en el siglo IV las Iglesias se vieron ante la realidad que ya los cristianos no se hacían por opción sino que “nacían” en una sociedad que se denominaba

“cristiana”: “nascuntur, non fiunt christiani”, presumiendo o dado por supuesto que se nacía cristiano en una sociedad hipotéticamente cristiana.

Hoy, a comienzos del siglo XXI, nos encontramos, como lo fue en el siglo IV, no sólo ante unos cambios circunstanciales y parciales, ante una “época de cambios”, sino ante un vuelco radical y global del mundo y de la sociedad que con toda razón se puede considerar como un “cambio de época”, como una transformación acelerada y profunda de la sociedad en sus fundamentos y principios y en la configuración de todos los aspectos y ámbitos de su vida, que sacude la conciencia eclesial de los creyentes y que nos interpela para dar un cambio muy profundo y decidido a nivel pastoral.

No podemos ocultar que nos encontramos ante una crisis muy aguda a nivel de la sociedad, a nivel de la Iglesia, a nivel de la conciencia de las personas y en especial de los creyentes en Dios y en Jesucristo, a la cual hay que dar una urgente respuesta profética; crisis que forma parte del dinamismo de la historia en constante transformación, situación que puede crear desasosiego, incertidumbre y hasta pánico, pero que también puede verse como un “kairós” del Espíritu, un “tiempo oportuno”, una “hora de gracia” que nos invita a transformarnos en la mente y en el corazón y a replantear nuestra acción pastoral con miras a la construcción del Reino de Dios, misión esencial de la Iglesia en continuación de la misión evangelizadora de Jesús.

Nuestra pastoral está en crisis, ante todo porque el mundo está en crisis y no se ve con claridad cómo responder a esta nueva situación. Muchas de las cosas que hacíamos o hacemos, y que teníamos como seguras, ya no lo son más, no funcionan; hay un desfase entre nuestra labor pastoral y un mundo que ha venido cambiando acelerada y profundamente en los últimos años, aunque esta situación se fue gestando en la segunda mitad del siglo XX.

¿Cuáles son las nuevas realidades que caracterizan este cambio epocal?, ¿Qué tendencias percibimos en este mundo en profunda transformación? Tan sólo señalo algunos de los rasgos más relevantes.

- Nos encontramos ante un fenómeno y un proceso irreversibles que se ha denominado como **“la globalización”**. Vertiginosamente el mundo se ha ido unificando, intercomunicando, interrelacionando en todos los aspectos de la vida: en la economía, en la política, en los fenómenos sociales, ecológicos, culturales, etc. Hemos llegado a ser una “aldea global” y adquirido una nueva “ciudadanía planetaria”.

Con todo, este proceso de acercamiento y unificación del mundo ha estado marcado a partir de la “caída del muro de Berlín”, como símbolo de la crisis e implosión del mundo socialista europeo, por un proceso acelerado de globalización que ha tomado el rostro y la dinámica del neoliberalismo que coloca el mercado y su lógica como fin absoluto de toda la dinámica de las sociedades y del mundo. Rápidamente se ha ido creando un modelo de globalización unipolar (modelo único capitalista), norcéntrica, mercadocéntrica y, por lo mismo, cada vez más excluyente, asimétrico con las terribles consecuencias de abismales desigualdades sociales, desastres ecológicos y de homogeneización cultural.

Pero, por otra parte, está surgiendo una conciencia impetuosa de la inviabilidad de este modelo de sociedad y de la **posibilidad, necesidad y urgencia de crear otro mundo mejor que globalice la esperanza y la solidaridad** que hagan viable y garanticen una vida digna para todo ser humano y donde podamos compartir en fraternidad nuestra casa común, la tierra.

Nuestro planeta se la está jugando entre dos polos: la muerte o la vida plena; la exclusión o la solidaridad; la guerra o la paz, la desesperación o la esperanza, la frustración o la utopía.

- **El paso de la Modernidad a la Posmodernidad.** La modernidad estuvo marcada por la afirmación de la autonomía del ser humano frente a cualquier forma de alienación o sometimiento, para afirmar al ser humano como fundamento y medida de todas las cosas.

Frente al poder absolutista esclavista, feudal y monárquico, la modernidad afirma la democracia y autonomía política, ante la sujeción y determinismo del ser humano por las fuerzas ciegas de la naturaleza, la modernidad reivindica la autonomía, dominio y control por medio de la ciencia, la razón y la tecnología. Ante una religión alienante e infantil, la modernidad reivindica la autonomía frente a la religión, cayendo en el secularismo, el laicismo y hasta la afirmación radical del ateísmo teórico y práctico.

Con todo, estamos asistiendo al paso del mundo de la modernidad al de la **posmodernidad**, no tanto como una negación, aunque también se presenta algo de esto, cuanto un ir más allá (transmodernidad) superando los límites y también reivindicando algunos aspectos del ser humano que han sido olvidados o sacrificados por la modernidad. Frente a los grandes relatos u utopías ideológicas, se está reivindicando y valorando la vida cotidiana, ante la absolutización de la ciencia y de la razón como únicas fuentes y criterios del conocimiento y de la verdad, afloran los sentimientos como sentido de vida; las visiones y reivindicaciones de futuros utópicos están siendo sustituidas por el goce y disfrute en el presente: "carpe diem", "gózatela ahora mismo y al máximo", la estabilidad y permanencia de las cosas, de las opciones y de las instituciones están siendo reemplazadas por lo provisorio y "desechable". Frente al futuro incierto se centra la atención en el presente, que es lo único seguro y además se tiene a la mano; más que idear proyectos y metas a largo o mediano plazo, se plantea el disfrute del "aquí y ahora". La posmodernidad, más que una comprensión reflexiva de la vida y de la historia es un sentimiento etéreo y una vivencia difusa, espontánea y casi inconsciente de una manera de vivir y convivir. Particularmente es perceptible este nuevo estilo de pensar y vivir en la juventud.

- El paso del **régimen de cristiandad a un mundo plural y laico.**

El constantinismo dio origen a la **cristiandad**, como simbiosis entre el poder del estado y el poder religioso. Más aún, la Iglesia constituía el fundamento y principio de sentido de la vida de las personas y de la sociedad. Los límites y las fronteras entre la Iglesia y el estado coincidían. El estado reconocía a la Iglesia como garante del orden y de la moralidad de la nación y como componente esencial de su identidad, a su vez, la Iglesia reconocía y sustentaba el poder del estado confesional. Este régimen nacido del Edicto de Milán, se afianzó en las colonias españolas con el "Patronato Regio" y luego en la época republicana con los concordatos entre los estados y la Santa Sede. La pastoral se caracterizaba por el clericalismo, el sacramentalismo y el adoctrinamiento.

Hoy esa situación ha colapsado o está naufragando, aunque en medio de la nostalgia e intento de restauración de no pocos queriendo recuperar el pasado. Piensan algunos que al desmoronarse el monolitismo de la cristiandad, la existencia misma del cristianismo está en peligro.

En todo el mundo occidental se ha afirmado el estado laico reivindicando su autonomía frente a la Iglesia Católica y en algunos lugares ha adquirido también visos de laicismo y anticlericalismo o confeso ateísmo. Por otra parte ha ido creciendo el pluralismo religioso y la multiplicidad de ofertas religiosas a veces convertido en un "marketing" religioso bajo el signo de la teología de la prosperidad y del "dejar de sufrir". Se constata una difusa mentalidad secularizante y laicista que va generando una apostasía silenciosa de fieles católicos hacia la indiferencia religiosa o migrando hacia otras formas de religiosidad o a iglesias evangélicas, particularmente las pentecostales, en las que predomina lo sentimental, lo esotérico, lo intimista, la transacción mercantil religiosa. La "conversión" se da hacia esas nuevas iglesias y son muy pocos los que llegan al catolicismo.

En la Revista "Vida Nueva" del 7 de Julio de este año trae este titular que llena toda la carátula: "Ha dejado España de ser católica?" Y en su interior presenta toda una serie de datos que justifican la pregunta. Colombia no es una excepción de esta crisis generalizada del cristianismo y de la Iglesia católica, tanto que podríamos también hacernos la pregunta formulada en estos términos: ¿Está Colombia dejando de ser católica? Aquí también hay una serie de datos que justifican la pregunta. Lo que sí es indudable es que nuestro país ya no es más monolíticamente católico, sino que cada vez más constatamos una hemorragia hacia la

indiferencia religiosa y hacia otros movimientos religiosos, sin querer darles un calificativo de nuestra parte. **El estado se ha declarado laico y el país es sin lugar a dudas cada vez más plurireligioso** sin desconocer que todavía un alto porcentaje se confiesa tradicionalmente católico.

Con todo, la pastoral predominante sigue siendo la misma, como si viviéramos todavía en un contexto de cristiandad y nada estuviese pasando de trascendental en el mundo y en la sociedad colombiana.

La pregunta que aparece con frecuencia implícita o explícitamente es esta: ¿Esta crisis es irreversible? En algunos países europeos aparece la pregunta ¿Tiene futuro el cristianismo? Se está hablando en algunos países de *exculturación del cristianismo*. Mientras nosotros hablamos de inculturación del Evangelio, allá hablan de *exculturación del cristianismo* para indicar que el cristianismo cada vez menos entra en la cultura y la vida de esos pueblos, cuando tradicionalmente era uno de los pilares fundamentales de la cultura de los pueblos europeos, y que en cierta manera se está descristianizando. Hay una especie de retroceso del catolicismo y del cristianismo en general. Pensemos en la renuencia y negativa a reconocer en la Constitución Europea las raíces cristianas de Europa y en el alto porcentaje que se declara sin religión o no practicantes.

Este es el fenómeno. ¿Cuáles son las causas? No podemos negar que hay un conjunto de factores que han llevado a esta situación que es necesario analizar para hacer un diagnóstico serio. ¿Se trata de una crisis del cristianismo en cuanto tal o de "este tipo o modelo de cristianismo"? Pensemos en esto último y en un "desfase" entre el cristianismo tradicional y la nueva época que estamos viviendo. Lo que sí es cierto es que vamos hacia un modelo de cristianismo y de Iglesia muy nuevos y diversos del que estamos viviendo actualmente, manteniendo ciertamente lo más esencial y radical de la identidad cristiana y de la Iglesia que quiso Jesucristo como "pequeña grey", semilla, fermento, sal y luz de la tierra, servidora del Reino.

- **Crisis evidente y aceleradísima de los factores de socialización cultural y religiosa.**

Hasta hace pocas décadas los factores y agencias de socialización cultural y de educación religiosa eran la familia, la escuela confesional y la Iglesia, particularmente la parroquia. Se hablaba de una incidencia de la tercera parte de cada una de ellas y además interactuaban en sintonía las unas con las otras. Hoy en día esos factores de socialización se ha erosionado: la familia conoce una profunda crisis y en algunos casos es inexistente; la escuela no es más un referente fundamental que forme dentro de parámetros de vida, y mucho menos la parroquia es un referente para la mayoría de la juventud. El proceso normal y tradicional de transmisión de valores, de creencias, de todo el patrimonio cultural de una generación a otra, ya no existe. Hoy nos encontramos ante una nueva realidad: el fenómeno gigantesco del mundo mediático y virtual (internet, celulares, videojuegos, etc.) y de los grandes centros comerciales y concentraciones de conciertos que crean particularmente en la niñez y la juventud una mentalidad y estilos de vida totalmente ajenos a los que se transmitían tradicionalmente. Se está creando una impresionante "homogeneización cultural" que aparece y desaparece con la fugacidad de las nubes, fuertemente manipulada y controlada por poderosas empresas económicas mundiales y locales.

Estos son unos de los más importantes factores que nos inducen afirmar que estamos ante un "cambio de época" en la historia del mundo y de la sociedad colombiana, cambio que representa un inmenso desafío para el cristianismo y la Iglesia Católica, tanto en el mundo como en nuestro continente que representa el 45% del catolicismo mundial y en Colombia.

Nuestra Iglesia latinoamericana en su caminar desde Medellín a Aparecida, ha buscado comprender el nuevo contexto y este momento "kairótico" que estamos viviendo intentando dar una respuesta a los grandes desafíos que plantea el nacimiento de esta nueva época.

A su vez son numerosos los signos de vitalidad y del renacimiento de la Iglesia en este largo camino por hacer y transitar. Basta señalar algunos de ellos:

- La opción evangélica por los pobres que ha iluminado el quehacer pastoral de la Iglesia.
- La promoción de renovadores proyectos pastorales de conjunto a nivel diocesano o interdiocesano.
- El desarrollo de pastorales específicas en contexto: pastoral urbana, campesina, afrodescendiente, indígena, pastoral de la tierra, pastoral obrera, pastoral familiar, pastoral juvenil, pastoral educativa, pastoral de la salud, etc.
- La renovación de la vida religiosa mística y profética, discípula y misionera a servicio de la vida en plenitud para todos y todas.
- La multiplicación de las Comunidades Eclesiales de Base como una nueva experiencia eclesial que renace desde el pueblo.
- La creciente conciencia del laicado como sujeto de la misión evangelizadora de la Iglesia y la destacada presencia y acción de la mujer.
- La lectura popular y comunitaria de la Biblia que ha devuelto a las manos y al corazón del Pueblo el alimento vivificante de la Palabra de Dios.
- El testimonio fecundo de los y las mártires de nuestra Iglesia, semilla de vida nueva.
- El aporte dado por la teología latinoamericana que ha planteado una manera nueva y contextualizada del quehacer teológico, concebido y elaborado desde la opción evangélica por los pobres, desde el reverso de la historia y en relación indisoluble con la práctica..

A partir de los desafíos que nos presenta la realidad actual del continente y de nuestro país, teniendo como referente la Pedagogía de Jesús, haciendo acopio de la riquísima experiencia pastoral de los primeros siglos del cristianismo, y apropiándonos del patrimonio teológico y pastoral acumulado en las últimas cuatro décadas a partir del Concilio y de las Asambleas del Episcopado latinoamericano y el Caribe, me permito señalar algunas líneas fundamentales para la renovación de la pastoral de la Iniciación Cristiana en la ciudad.

Es necesario plantearnos un **nuevo paradigma pastoral**, es decir una nueva manera de concebir y plantear el conjunto de la acción pastoral, específicamente de la Iniciación Cristiana, como itinerario progresivo de iniciación a la fe cristiana.

1. Pasar decididamente de una pastoral de conservación a una pastoral misionera.

Se hace necesario abandonar sin ninguna nostalgia ni lamentaciones la pastoral tradicional de la larguísima época de cristiandad, cuando la iglesia era tan potente que era reconocida y valorada por todos, gozaba de gran prestigio y reconocimiento, ocupaba muchos espacios de la opinión pública, era una verdadera autoridad escuchada dentro de la sociedad, y las conciencias y vidas de las personas se moldeaban según los valores que ella proponía.

Hoy se hace necesario realizar una pastoral evangelizadora desde la pobreza, desde la debilidad, pero también desde la real y extraordinaria fortaleza con que contamos: el Evangelio, porque ya no contamos con el soporte que tradicionalmente tenía la Iglesia. Se hace necesario pasar de un cristianismo atávico, recibido y transmitido por herencia, por tradición, a un cristianismo de propuesta fuertemente testimonial. ¿Qué significa esto? Que antes el cristianismo y la fe eran una herencia, un patrimonio que se iba pasando de padres a hijos y a través de los factores de socialización predominantes en la sociedad, toda ella cristiana. Hoy ese mecanismo ya no funciona; la cristiandad está desapareciendo velozmente y en algunas partes ya no existe. No estamos en un tiempo de restauración o de neocristiandad, porque eso ya no funciona. Hoy tenemos que testimoniar y anunciar con valentía el gran tesoro que poseemos: el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, para que el que se sienta seducido por él se convierta en discípulo y misionero suyo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida en abundancia.

Coincido con varios analistas del Documento de Aparecida que en esto está **la clave de lectura de todo el documento y el planteamiento fundamental** que nos propone la conciencia

eclesial expresada en él. Dicha clave de lectura la encontramos en los números 370 y 362 que dicen:

"370. La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera, Así será posible que "el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial" (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera."

"362. Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. **La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente.** Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo."

"365. Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe."

La Iglesia toda debe volver a ponerse "en estado de misión".

El objetivo de esta acción misionera es la de "convertir a cada creyente en un discípulo misionero". En otras palabras, nuestra pastoral debe ayudar a que cada creyente actual, o potencial que se acerca al cristianismo, redescubra el valor de la fe cristiana, que llegue a redescubrir la belleza del Evangelio y la gente tenga ganas y sienta la alegría de ser cristiana: a los que no lo son para que se sientan atraídos y se conviertan y los que son se afiancen en esta convicción y reafirmen su fe en Cristo y experimenten y expresen el gozo de seguir a Jesucristo.

Una pastoral misionera debe tender a pasar del ideal del "buen cristiano practicante", del "cristiano sociológico", que se daba por descontado era cristiano, al "creyente convencido" de su fe, capaz de dar razón de la esperanza que lo anima (1Pt 3,15). Nuestra pastoral tradicional de conservación tenía como meta e ideal de que hubiera muchos practicantes, sobre todo de la práctica religiosa cultural: ir a misa, participar en las fiestas religiosas, pertenecer a una organización devocional, recibir los sacramentos, realizar prácticas piadosas, etc.; buscaba que entre tantos cristianos de nombre que había por millares, hubiese un grupito de gente fiel y perseverante en las prácticas que se consideran identifican al cristiano.

Hoy, por el contrario, nuestra pastoral debe pasar de poner su atención primordial en mantener los cristianos practicantes a tener como preocupación principal suscitar los "creyentes convencidos con una fe personalizada", que cuando le pregunten y "Tú, ¿por qué eres cristiano? no sepa con precisión qué responder o simplemente conteste porque nació en una familia católica, en un país católico, por tradición y no veo razones para cambiar. Y cuándo le pregunten "Y para ti, ¿qué significa ser cristiano? pueda dar razón de su fe como fruto de una opción consciente de seguir a Jesucristo y de proseguir su misión liberadora. Ciertamente la tradición cristiana, el ambiente cristiano son un soporte muy válido e importante para la fe personalizada, pero nunca podrá sustituirla. La fe personalizada nace de una opción de ser cristiano, porque se encuentra en ella el sentido fundamental de la vida, y se fundamenta en unas motivaciones y convicciones profundas para creer. Hoy se habla de pasar de la herencia a la proposición, pasar de un cristianismo hereditario a un cristianismo de propuesta e interpelación y de decisión y opción.

La pastoral misionera debe plantearse también cómo recuperar la función materna de la Iglesia, de cómo llegar a ser una Iglesia capaz de engendrar nuevos hijos e hijas, de atraer nuevos creyentes, de multiplicarse en nuevos hijos. La Iglesia primitiva, desde la era apostólica, veía su

función misionera bajo la imagen de la "Ecclesia mater". La actividad de *todos* los cristianos revestía un carácter absolutamente mediador de la acción misionera. El nacimiento de los hijos del seno de la madre, la Iglesia, a través la transmisión de la fe en el proceso de Iniciación Cristiana, es una responsabilidad colectiva y un acontecimiento continuo en donde todos son engendrados a la fe y todos, a su vez, engendran a la vida nueva en Cristo.

2. Hacia una "pastoral evangelizadora" a servicio de la construcción del Reino de Dios

La renovación de la pastoral de la Iglesia en este cambio de época debe recuperar su carácter y dinamismo evangelizadores con la clara conciencia de ser el "sacramento", el signo e instrumento de la presencia y de la construcción del Reino de Dios.

Para comprender con plena claridad la misión evangelizadora de la Iglesia en continuidad con la misión de Jesús, hacemos particular referencia a la Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", del 8 de diciembre de 1975, documento conclusivo del Sínodo de los obispos de 1974 sobre la Evangelización, porque en ella con lucidez meridiana se ha definido la naturaleza de la misión de Cristo y de la Iglesia, en total fidelidad al testimonio de los Evangelios.

Transcribimos algunos numerales:

Testimonio y misión de Jesús

"6. El testimonio que el Señor da de sí mismo y que San Lucas ha recogido en su Evangelio: 'Es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades' (Lc 4,43), tiene sin duda grande alcance ya que define en una sola frase la misión de Jesús 'porque para eso he sido enviado' (Ib.). Estas palabras alcanzan todo su significado cuando se las considera a la luz de los versículos anteriores en los que Cristo se aplica a sí mismo las palabras del profeta Isaías: 'El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para evangelizar a los pobres'." (Lc 4,18).

"Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su ministerio, la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, el llamamiento de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos, forman parte de su actividad evangelizadora."

Jesús, primer evangelizador

"7. Jesús mismo, Evangelio de Dios (Mc 1,1; Rm 1,1-3), ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena."

El anuncio del Reino de Dios

"8. Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el Reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en 'lo demás' que es dado por añadidura (cfr. Mt 6,33). Solamente el Reino es, pues, absoluto y todo el resto es relativo."

¿En qué consiste, para Jesús, la Buena Noticia del Reino de Dios, que compendia su misión?

Para Jesús, la proclamación de la Buena y esperanzadora Noticia del Reino de Dios estaba en relación con la realización de las promesas mesiánicas de los profetas del Antiguo Testamento que anunciaban la venida del Mesías-Rey, el cual instauraría en la tierra la Utopía de Dios: la

plena liberación de toda forma de opresión, el establecimiento de la justicia y la defensa de los derechos de los más débiles, y, como fruto de todo ello, la consolidación de la fraternidad y de la paz.

Jesús anunció e inauguró la Utopía de Dios: un mundo radicalmente nuevo en el cual finalmente se haría justicia a los desheredados de la tierra y en el que reinaría definitivamente la fraternidad (fruto del reconocimiento de Dios como Padre), la equidad y la solidaridad, y como resultado de todas ellas, la reconciliación y la paz entre todos los seres humanos y la armonía de la humanidad con la naturaleza.

Este es el testimonio fundamental e incontrovertible, aun desde el punto de vista histórico, que nos transmiten los Evangelios.

En efecto, al adentrarnos en ellos constatamos que Jesús de Nazareth centró la totalidad de su vida (de su predicación y de su acción) en la tarea de proclamar y hacer presente, mediante signos históricos, la Buena y esperanzadora Noticia del Reino de Dios. La vida histórica de Jesús de Nazareth tiene su centro y su sentido último y decisivo en una realidad clave: el Reino de Dios. Dos realidades inseparablemente relacionadas: para Jesús, Dios, a quien llama Abbá, es siempre el "Dios del Reino", y el Reino es siempre "el Reino de Dios", de manera que se podría hablar de una "dualidad inseparable".

La Iglesia: continuadora de la Misión Evangelizadora de Jesús

Una Comunidad evangelizada y evangelizadora

La causa, a cuyo servicio Jesús se consagró con fidelidad total y por la que entregó su vida, fue la causa del Reino. Pero hay algo más; al anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, Jesús invita a la conversión y a su seguimiento para que ese Reino pueda seguir siendo conocido, anunciado, servido (cfr. Lc 9, 1-6 y par.; Lc 10,1-12) y así fuese proseguida su causa. Lo que también es históricamente cierto es que Jesús, al anunciar la Buena Nueva del Reino, invitaba también a seguirle a él, y a pro-seguir su causa y a ir construyendo desde ya su proyecto.

La "Evangelii Nuntiandi" define la misión de la Iglesia, como comunidad de los seguidores de Jesús, el Señor resucitado, así:

"13. Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante la acogida y la participación en la fe, se reúnen, pues, en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo y vivirlo. Ellos construyen una comunidad que es a la vez evangelizadora. La orden dada a los Doce: 'Id y proclamad la Buena Nueva', vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. Por eso, Pedro los define como 'pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable'." (1P 2,9).

Estas son las maravillas que cada uno ha podido escuchar en su propia lengua (Hch 2,11). Por lo demás, la Buena Nueva del Reino que llega y que ya ha comenzado es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación, pueden y deben comunicarla y difundirla.

La evangelización, vocación propia de la Iglesia

"14. La Iglesia lo sabe. Ella tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador: 'Es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades' (Lc 4,43), se aplican con toda verdad a ella misma. Y por su parte ella añade de buen grado, siguiendo a San Pablo: 'Porque, si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!'" (1 Co 9,16).

"Con gran gozo y consuelo...nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de **la evangelización** de todos los hombres constituye **la misión esencial de la Iglesia**; una tarea y misión que los caminos amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más

urgentes. **Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar.**"

Para continuar la misión evangelizadora de Jesús, la Iglesia debe llegar a ser cada vez más la **"Iglesia de los pobres"** según la sugestiva expresión del Papa Juan XXIII y del Papa Juan Pablo II en su Encíclica "Laborem exercens": "Para realizar la justicia social en las diversas partes del mundo, en los distintos países, y en las relaciones entre ellos, son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad de los hombres del trabajo y de solidaridad con los hombres del trabajo... La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la "Iglesia de los pobres". (No. 8).

Como comunidad creyente, en el seguimiento de Jesús, "Evangelizador de los pobres" (Lc 4,18; 7,24), la Iglesia tiene conciencia de que el encuentro con Jesús vivo, presente hoy en la historia, se realiza en forma privilegiada en el encuentro con los empobrecidos en un mundo globalizado en torno al mercado total que excluye de la mesa de la vida a la mayoría de los habitantes de la tierra. A la Iglesia se le propone ser "Sacramento de liberación, de comunión y de vida", semilla, fermento, signo, testimonio, primicia, instrumento a servicio del Reino. Una Iglesia en la cual cada comunidad se constituye en sujeto evangelizador, toda ella corresponsable de llevar adelante la misión de Jesús.

La misión evangelizadora de la Iglesia, particularmente en América Latina, se concreta hoy en la "renovada opción por los pobres", asumida con vigoroso ardor en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (2007) (nn.397.398.399) y se expresa en un compromiso cada vez más lúcido y liberador y una práctica apasionada por la defensa de la vida y la consecución de una vida digna para todos.

Ahora bien, a ejemplo y en el seguimiento de Jesús, como Iglesia realizamos pastoralmente la misión evangelizadora, a través de los cuatro rasgos fundamentales y mediaciones que caracterizaron originariamente la misión de Jesús

- ❖ Ser una **Iglesia Samaritana**, servidora de la humanidad (Dimensión de la Diakonía);
- ❖ Ser una **Iglesia Hogar**, de comunión fraternal y participación (Dimensión de la Koinonía);
- ❖ Ser una **Iglesia Profética**, que anuncia la Buena Nueva de Jesucristo a través de la Palabra que ilumina e interpela, y el testimonio de la vida (Dimensión del anuncio profético);
- ❖ Ser una **Iglesia Santuario**, donde se celebra la Pascua de Cristo en la vida y en la historia (Dimensión litúrgica y orante).

♦ **Ser una Iglesia samaritana**

Jesús "al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen Pastor, proclamó la Buena Nueva del Reino y sanó toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt 9,35-36; 4,23) y al ver a la multitud que lo seguía, sintió compasión de ella y multiplicó los panes y los peces para saciar el hambre. (Mc 6,30-44).

Así la Iglesia, a ejemplo de Jesús, ante las necesidades cotidianas, las angustias y las frustraciones; ante la lucha por la supervivencia, contra el hambre y la enfermedad; ante el sufrimiento y la represión que padece el pueblo, no sigue de largo, como el sacerdote

y el levita de la parábola, cuando ve al malherido botado a la orilla del camino, sino que, como el Samaritano, se hace prójimo de él: se mueve a compasión, se encarga de él, lo sana de sus dolencias en actitud de servicio, de solidaridad y de amor eficaz. (Lc 10,29-37).

La Iglesia se siente enviada como Jesús "a anunciar la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los oprimidos" (Lc 4,16-22); ella debe anunciar y encarnar el Nuevo Mandamiento del Amor, como signo de reconocimiento de que somos discípulos de Jesús. (Jn 13,34-35).

Tiene como vocación ser una Iglesia Servidora de la humanidad, especialmente de los excluidos de la sociedad, a ejemplo de Jesús quien "no vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida" (Mt 20,28), para que todos tengamos vida y vida en abundancia. (Jn 10,10).

♦ **Ser una iglesia hogar, de comunión y participación**

Obedientes al Mandamiento Nuevo del Señor Jesús, de "amarnos los unos a los otros como él nos ha amado" (Jn 13,34), la comunidad eclesial debe llegar a ser una casa que acoge a todas las personas sin distinciones ni discriminaciones, una comunidad en la cual se creen permanentemente vínculos de fraternidad, se tejan lazos de familiaridad, de amistad y de compañerismo, y en la que se "amen cordialmente los unos a los otros" (Rm 12,11-21).

Así como el pueblo necesita pan, trabajo, techo, salud y educación, también necesita afecto y es capaz de dar cariño.

Para un pueblo desarticulado, vejado y aprisionado por estructuras de egoísmo y competencia, la Iglesia, a ejemplo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, en la cual "todos los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma; en la cual nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común; y donde no había entre ellos ningún necesitado porque todo lo ponían en común y se repartía a cada uno según sus necesidades", debe convertirse en un espacio de fraternidad, que acoge a las personas y les ofrece la posibilidad de integrarse a una familia-comunidad de hermanos y hermanas.

"Porque en Cristo formamos un solo cuerpo" (1Co 12,13-30), la comunidad cristiana, que es la Iglesia, debe ser un espacio donde cada uno y cada una se sienta tenido en cuenta según sus capacidades, donde se respeta y valora con la misma dignidad a todas las personas y, a su vez, a cada uno y a cada una en sus diferencias. En medio de tanta gente marcada por la represión y el miedo, y por la mutua desconfianza, la comunidad cristiana, que somos todos, debe llegar a ser un espacio en donde se puedan compartir las penas y las esperanzas.

Una comunidad en la que todos se sientan partícipes y corresponsables teniendo en cuenta la diversidad de los carismas con que el Espíritu Santo la ha enriquecido.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, que se hizo el servidor de todos (Jn 13,1-15), entre los miembros de la comunidad debe reinar el espíritu de servicio, por el cual el que quiera ser el primero debe ser el servidor de los demás. (Mt 23,1-12).

♦ **Ser una comunidad profética**

Sintiendo la misma urgencia de Reino como el Apóstol Pablo, para quien "predicar el Evangelio era un deber y "¡ay de él si no predicaba el Evangelio!" (1Co 9,16), la comunidad cristiana siente la urgencia de anunciar con su palabra profética y testimoniar permanentemente con la vida y con sus obras, la Buena Nueva de Jesucristo.

Por vocación y misión, la comunidad cristiana es educadora de la fe mediante la catequesis, la Educación Religiosa Escolar, la predicación, la lectura popular de la Biblia, etc. Iluminada por la Palabra de Dios, lee e interpreta permanentemente el acontecer de la vida y los hechos de la historia dentro del Plan de Dios, descubriendo su presencia, su actuar y sus interpelaciones en los signos de los tiempos y de los lugares (Mt 16,1-4): signos de liberación, de vida, de esperanza y de comunión.

Iluminada permanentemente con la Palabra de Dios, la comunidad cristiana interpreta los acontecimientos a la luz de la fe, denuncia con valentía cuanto contradice el proyecto de Dios, consuela al pueblo en medio de sus dolores y crucifixiones, llama a la conversión y avizora y anuncia un futuro lleno de esperanza, donde el amor de Dios colmará los corazones, la humanidad y la creación entera.

♦ Ser una Iglesia santuario

El pueblo creyente, del cual formamos parte, así como tiene hambre de pan y sed de justicia, tiene también hambre de Dios, fuente de vida y de amor. El hambre de pan es un mal que debe ser vencido, erradicado y una necesidad que debe ser satisfecha. El hambre de Dios y la sed de justicia es un bien inagotable, que debe ser reconocido y alimentado sin cesar. Nuestro pueblo es religioso, siente la cercanía, la presencia y el amor de Dios en su caminar y necesita expresar sus creencias personal y colectivamente, a través de celebraciones, fiestas y símbolos.

La comunidad creyente debe convertirse en un "Santuario": un "lugar" donde como comunidad, y también personalmente, pueda encontrarse con Dios y con los hermanos, una comunidad que llegue a ser "Cuerpo de Cristo" y "Templo del Espíritu" en donde se pueda expresar y celebrar el culto en espíritu y en verdad, sentir y manifestar la oración que nace de la vida cotidiana y se revierte como gracia, fortaleza y esperanza en el vivir de cada día.

Enseñada por Jesús, la comunidad cristiana invoca a Dios como Padre y le pide con insistencia que su Reino venga a nosotros y que el pan de cada día no falte en ningún hogar (Mt 6,7-15); se alimenta cotidianamente con la Palabra de Dios y celebra la Eucaristía, como signo y fuente de comunión (1Co 10,16-17; 11,17-34).

La Iglesia, pues, realiza su misión evangelizadora a través de todo lo que **hace en el servicio a la comunidad humana, (Diakonía), mediante su vivencia y testimonio como comunidad fraternal (Koinonía), por medio de todo lo que anuncia proféticamente (Profecía), y con cuanto celebra pascualmente (Liturgia).**

Esta Iglesia evangelizadora deberá llegar a ser un signo de contraste, una alternativa visible y creíble de la Novedad del Reino ya presente en nosotros y entre nosotros (Lc 17,23)

3º. Hacia una pastoral de Iniciación integral a la Vida cristiana

Comprendemos la Iniciación Cristiana como el proceso o itinerario educativo y pedagógico, gradual e integral, tendiente a suscitar y hacer crecer la fe como encuentro, conocimiento, y opción por Cristo, el Hijo de Dios humanado, y como compromiso por pro-seguir su misión evangelizadora con miras a la construcción del Reino.

Esta comprensión evangélica de la Iniciación Cristiana, testimoniada en los primeros siglos del Cristianismo, ha sufrido serias deformaciones de las cuales hoy constatamos las consecuencias.

La fe cristiana, más que una opción consciente, personal de cada uno, se convirtió en una tradición familiar y social, que daba por descontada la decisión personal de hacerse cristiano y con la presunción no cierta de que ya se daba garantizada en el futuro la decisión de

continuar siendo cristiano, hecho que no se verificaba posteriormente, sobre todo en estos tiempos de cambios profundos en la sociedad.

Por otra parte, la familia, la parroquia y la escuela no son ya más los lugares de socialización religiosa y cultural como lo eran antaño, tal como lo anotábamos poco antes. La Iniciación Cristiana ha centrado su atención en los niños y en los adolescentes, sin plantear un camino de renovación de la fe en las familias, ni garantizando una posterior opción personal y madura de la fe en los iniciados. Ha prevalecido una Iniciación cristiana y catequesis de carácter infantil e infantilizante.

Por otra parte la catequesis como proceso educativo de la fe, en la Iniciación cristiana se ha reducido a una débil y fugaz información de la "Doctrina cristiana", que en muchas ocasiones sigue siendo con el método del "Catecismo", como resumen de la doctrina católica, además muy poco bíblica.

Debemos, pues, recuperar el sentido de la **Iniciación Cristiana como un itinerario de educación en la fe** que, de acuerdo con la pedagogía de la fe, es un proceso que supone etapas de acercamiento y contacto con una comunidad cristiana, conoce el "primer anuncio" cuando se siente interpelado por la vivencia cristiana y opta por hacer un camino de conversión y paulatino crecimiento en la fe con miras a llegar a ser un creyente convencido y comprometido con la causa del Evangelio. En otras palabras, la Iniciación Cristiana es el camino para "hacerse cristiano" como opción fundamental, elección libre, personal, consciente, comprometida con el Proyecto de Jesús que da sentido a la totalidad de su existencia. Por lo mismo, la Iniciación cristiana tiene que reconocer y valorar estas etapas, sabiendo que para cada persona el "camino de la fe" es diferente aunque siempre con la misma dinámica y exigencia.

El Directorio General para la Catequesis dice que la forma principal de la catequesis, como proceso de educación en la fe, es la Catequesis de iniciación, es decir, la catequesis que permite a las personas abrirse a la opción fundamental del Evangelio de Jesucristo, y crecer en la fe incorporándose paulatinamente a la vida nueva en Cristo.

De esta manera llegamos a redescubrir la seriedad y profundidad del proceso de Iniciación Cristiana, a la cual estamos acostumbrados a referirnos de manera demasiado superficial pensando que la iniciación es simplemente iniciar, comenzar, dar los primeros pasos, y concibiéndola como introducción al catecismo.

Aún desde el punto de vista antropológico los procesos de iniciación en el campo religioso, cultural o social tienen como característica un profundo proceso de transformación de la persona que normalmente pasa por etapas y un proceso exigente y hasta doloroso, pues cambia profundamente la identidad de la persona; es un deconstruir y un reconstruir la propia personalidad, el sentido de la vida, las razones del porqué y para qué vivir, e introducirse en una nueva forma de vida. En el cristianismo vivimos de manera especial este proceso de transformación, que denominamos con el término de "conversión".

Por eso mismo la Iniciación Cristiana, y la Catequesis como itinerario de educación en la fe, deben apuntarle a la conversión de la persona y no se puede prescindir de ella. Por mucho tiempo no hemos pensado en esto; la catequesis suponía que la gente ya había hecho la opción de ser cristiana, y no se planteaba el problema de no serlo, si ser o no ser; hoy en día es importante que incluso el que no se había puesto el dilema, en algún momento de la vida se lo ponga, si ser cristiano o no y por qué serlo o no. Tiene que definirlo y no puede seguir adelante toda la vida sin plantearse la pregunta, si ser cristiano o no. Por lo mismo, la catequesis no tiene sentido si no induce y si no apoya este momento, de modo que cada creyente pueda decir: "Yo soy cristiano porque es importante, trascendental para mí serlo, porque la fe da sentido pleno a mi vida, y no sólo porque otros han querido que yo lo fuera, porque me bautizaron y me condicionaron de alguna manera; lo soy como un acto libre, consciente y de decisión personal de serlo."

Prioridad de la catequesis de adultos.

Este planteamiento de la Iniciación Cristiana nos lleva a acentuar otro rasgo de la Iniciación integral a la vida Cristiana, a saber, **la catequesis de adultos.**

Hasta hace poco la iniciación cristiana centraba toda su atención en la catequesis de los niños. Se trata ahora de poner el acento en la catequesis de los adultos sin excluir obviamente la catequesis de los niños, pero en interrelación con la de los adultos. Sin embargo este cambio de acento genera cierta alergia, resistencia y desasosiego, aún entre los sacerdotes, porque se está acostumbrados a la catequesis con niños y no se sabe qué hacer con los adultos; se tiene miedo a los adultos y no se sabe cómo tratarlos mucho menos cómo hacer una catequesis con ellos. Incluso hay múltiples formas de catequesis de adultos que no se les quiere dar este nombre porque suena a infantil y a escolar, doctrinal, y los adultos no quieren volver o repetir ese tipo de enseñanza del "catecismo".

Independiente del nombre es muy importante los itinerarios de educación de la fe de los adultos, y en el caso de la iniciación cristiana de los niños, integrar a los papás en la catequesis de los hijos, porque lo que se hace con los padres repercute también en los hijos; sirve para los padres y para los hijos, mientras que lo que se hace con los hijos muy poco va a los padres y tampoco tiene futuro en los hijos.

El papel de la familia en la educación en la fe de los hijos es una realidad y un desafío prometedor y a su vez insustituible. A pesar de los pesares y de toda la crisis que vive en la familia hoy y las formas de familia que están surgiendo hoy en día, no significa que ella no sea capaz de educar en la fe. Hay que potenciarla muchísimo, y está demostrado que a pesar de todas las crisis, la familia es un ambiente y una mediación insustituibles de socialización y de educación, también religiosa; lo que necesita es ayuda, convicción, motivación y acompañamiento. Existe, particularmente en algunos países de América Latina experiencias estupendas y exitosas de **catequesis familiar**. Es un modelo de experiencia en el cual, a través de los padres se hace la educación religiosa de los hijos y la preparación a los sacramentos de iniciación cristiana: del bautismo y de la primera comunión y acompañan la catequesis a la confirmación. Esto no significa que se prescindiera de la parroquia, sino de instaurar una catequesis de adultos que involucre la catequesis de los hijos.

Con todo no basta que la catequesis sea dirigida a los adultos; es necesario que sea "adulta". ¿Qué significa esto? Que hay que tratar a los adultos como adultos y no como niños. No pocas veces la catequesis dirigida a los adultos es una extensión de la catequesis de los niños: el mismo contenido, los mismos métodos, el mismo estilo paternalista y vertical. Por lo tanto se hace necesario repensar toda la catequesis aplicada a los adultos, en sus contenidos, en sus métodos, en su participación.

Muchas experiencias y enfoques de la catequesis de adultos hablan de *recommencement*, de los que vuelven a empezar, es decir hay todo un conjunto de iniciativas dirigidas a personas que en su tiempo estuvieron dentro de la Iglesia, recibieron el bautismo y la primera comunión y tal vez el sacramento del matrimonio y luego se alejaron siendo cristianos no practicantes o habían pasado a la indiferencia religiosa, pero que ahora desean reemprender el camino de la fe. Ahora bien, la respuesta a estas personas no puede consistir simplemente en que vuelvan a la experiencia que para ellos fue negativa y que los llevó a abandonar la Iglesia, a ser cristianos de la misma manera como lo fueron hace 30 o 20 años. Es necesario proponer un nuevo modelo de ser cristiano de manera adulta, para tener una presencia significativa en los nuevos campos del mundo del trabajo, de las profesiones, del mundo de la cultura, del ámbito de la política.

Una pedagogía de la fe a partir de la dinámica de la conversión

La conversión: proceso fundamental de la iniciación cristiana y de toda la vida cristiana.

Estudiando la pastoral de la Iglesia en sus orígenes nos encontramos ante una verdad capital: la calidad de la vida cristiana exige que quienes desean ser cristianos demuestren un

propósito real de conversión. Por eso es necesario estudiar con atención el sentido de la conversión.

La conversión es la realidad central en función de la cual debe ser orientada la Iniciación Cristiana.

Además, la catequesis tendrá por finalidad llevar a la madurez esta conversión transformando la vida, la conducta de la persona de acuerdo con la fe que profesa. La conversión permanecerá, por otra parte, siempre como la característica de toda la vida cristiana. Aún después del bautismo y durante toda la vida, el cristiano deberá morir sin cesar al pecado, a la antigua condición de pecadores y orientarse siempre más hacia el Dios de nuestro Señor Jesucristo.

Cuál es, pues, la naturaleza de este vuelco fundamental de la vida, al cual toda persona es invitada por Dios?

- * La conversión es esencialmente **un encuentro personal**. San Agustín casi nunca emplea el término "conversión" sin complemento, porque uno no se convierte en abstracto, sino a alguien, y ese Alguien a quien nos adherimos y en quien confiamos es Dios; no la idea filosófica de Dios, ni la gran fuerza o energía creadoras, sino el Dios vivo y verdadero de Jesucristo, el Dios-amor que nos precede para proponernos su vida en Cristo resucitado.
- * Para un cristiano, convertirse, **es convertirse a Jesucristo**, es dejar la vida paganizante para seguir a Jesucristo, que es "el camino, la verdad y la vida" que conduce al Padre.

Como en el caso de Pablo, convertirse es un encuentro personal con Cristo. No sólo con el Jesús de Nazaret, sino con Cristo resucitado que vive para siempre. Pero no basta el encuentro con Cristo vivo en la Iglesia, es necesario seguirle. Y seguirle consiste, en primer lugar, en escuchar y acoger sus enseñanzas como la Palabra de Dios que da vida. Aún más, es transformar la vida para vivir de ahí en adelante como El vivió y actuar como El actuó.

- * La conversión es un **don de Dios**. Es Dios Padre quien tiene la iniciativa del encuentro. Es Él quien atrae hacia su Hijo. Es Él quien por medio de su Espíritu da la fe. Pero Él respeta de igual manera la libertad humana. No presiona y fuerza la respuesta: cada uno es libre de acoger o rechazar a Cristo. A la llamada de Dios-amor, **debe corresponder la respuesta amante de cada persona**, libre de toda presión.
- * Las **consecuencias pastorales** son evidentes: la conversión no es algo automático ni una acción mágica.

La respuesta al don de Dios, implicada en la conversión, no es sólo verbal: para ser verdadera debe manifestarse en la vida concreta. En el Nuevo Testamento la pregunta típica del verdadero convertido es siempre: "¿Qué debemos hacer?" (Hech. 2,37). El amor a Dios debe manifestarse en el amor al prójimo, así como la fe viva debe manifestarse a través de la caridad.

La consecuencia pastoral es clara: rechazar el automatismo y exigir la autenticidad.

Tertuliano, Orígenes, Cirilo de Jerusalén, Agustín han recordado siempre que un candidato mal dispuesto recibe el agua pero no recibe el Espíritu Santo. Es la comunidad la que debe reconocer la autenticidad de la conversión.

- * Así pues, la conversión es **una respuesta al don de Dios**, respuesta auténticamente humana que requiere un cierto tiempo de elaboración, "Fiunt, non nascuntur christiani" decía Tertuliano y Orígenes escribía:

"No es lo mismo decir "queremos obedecer" y "nosotros obedecemos". Porque se requiere tiempo: "como para la curación de las heridas, para la conversión también se

requiere tiempo, para que se llegue a una perfecta y pura conversión a Dios". (Homilia in Jeremiam. V, 10).

- * La conversión se da **con el apoyo de una comunidad** que acompaña y testimonia.

¿En qué consiste la conversión necesaria para el proceso de fe, y en la pedagogía de la fe?

El Objetivo central de la Iniciación Cristiana, es la conversión, "realidad central, en función de la cual se orienta toda ella". La conversión, obra toda de Dios y respuesta libre de la persona, es un fenómeno complejo. Desde un punto de vista general es un cambio de los principios que rigen la síntesis o la dirección y sentido de nuestra vida. Uno puede convertirse a diversas religiones o ideologías. La conversión es una especie de nuevo nacimiento, de orientación profunda y decidida de la vida. No es suficiente la información intelectual o la convicción especulativa. Es necesaria una fuerte experiencia. El convertido adquiere un valor fundamental que se apodera totalmente de sí mismo.

- * ¿Pero qué es la conversión cristiana?

Desde el punto de vista de la psico-sociología, se puede conocer lo que es una conversión, analizando el itinerario de un convertido, las motivaciones y el cambio producido.

¿Cómo se da la conversión?

Podemos indicar algunas constantes:

- a) La conversión tiene siempre un **carácter histórico**: Es provocada por un "acontecimiento" que ayuda al convertido a una toma de conciencia y a tomar una decisión.

El convertido siente que algo importante ha tenido lugar, ha acontecido. Lo más decisivo del acontecimiento es la percepción de su significado como algo nuevo: algo ha acontecido, alguien ha entrado en su vida. Entonces nace un proyecto de vida, inmediatamente se desea poner en práctica el proyecto de cambiar de género de vida, de ajustarla al Evangelio, de pertenecer a la comunidad cristiana. Así nace propiamente un nuevo estado de vida.

Por supuesto, lo más importante no reside en el acontecimiento, que puede ser sencillo, sino en el sentido que descubre el sujeto que lo percibe. El acontecimiento es un catalizador que ayuda a una toma seria de conciencia, a un reconocimiento.

- b) La conversión es **un vuelco interior**: un cambio de vida profundo y totalizante.

El convertido tiene la impresión de que su conversión ha cristalizado en unos momentos cruciales, a pesar de que haya exigido un período largo de tiempo. No es un fenómeno evolutivo sino revolucionario. La vida del convertido ha cambiado de sentido porque algo importante ha irrumpido en su interior. Algo incubado desde hace tiempo ha emergido a la conciencia. Siente que es reconocido, amado, llamado por Dios.

- c) El convertido descubre y se **adhiera "a nuevos valores"**, compartidos por otras personas o en comunidad.

El itinerario puede ser doble: descubrir los valores cristianos que le conducirán a la comunidad cristiana, o descubrir la comunidad en la que encuentra los valores del Evangelio.

Ordinariamente la conversión cristiana se desarrolla en relación con una comunidad cristiana, ya que la fe es vivida a partir del grupo, por el grupo. Es decisivo para el convertido encontrar una pequeña comunidad con un gran sentido de pertenencia, de adhesión, de cohesión entre sus miembros. Recordemos que pertenece a una comunidad quien se identifica con la misma o quien participa plenamente en ella.

Rescatar el espíritu y la práctica del catecumenado.

La Iniciación cristiana ha estado íntimamente unida e identificada desde la antigüedad cristiana con el proceso del catecumenado como itinerario de educación a la fe con miras al ingreso a comunidad cristiana mediante los sacramentos de iniciación. Como recordábamos, Tertuliano lo denominó "el Noviciado de la vida cristiana", "tirocinia auditorum", identificado como ese itinerario progresivo de preparación de quienes se acercaban a la fe y de acompañamiento hasta su ingreso a la comunidad cristiana por medio del bautismo el día de la Pascua.

Hoy asistimos al rescate del catecumenado como espíritu y como institución allí donde se quiere hacer florecer una verdadera iniciación cristiana de jóvenes y adultos. Ya en varios países de fuerte descristianización se ha instaurado el catecumenado. En Francia, por ejemplo, se habla de un número de 20.000 catecúmenos. No pensemos que en Colombia no se esté dando un fenómeno similar, aunque no de esas proporciones.

Es muy importante comprender que el catecumenado antes que ser una institución es **una función pastoral** de la Iglesia que es esencial y es necesario redescubrir porque compendia y encarna la dinámica y el itinerario de educación de la fe. Con frecuencia se oye decir: aquí no tiene sentido el catecumenado ni se necesita, todo el mundo es bautizado y no hay gente adulta o jóvenes que desee hacerse cristianos. No es tan evidente y no es cierto. Cuando existe y es visible y la gente lo sabe, llegan los candidatos. Es importante que la gente sepa que a cualquier edad puede hacerse cristiano, y que si quiere hacerse, sabe a donde ir, que hay un sitio donde se le acoge, se le ayuda, se le acompaña y puede hacer un camino de preparación seria a la vida cristiana. A veces el Bautismo de adultos es visto como algo negativo, que requieren permisos especiales, como cosa fuera de lo ordinario, como algo complicado en los trámites; negativo porque en la mentalidad de la gente hay el imaginario de que el bautismo es cuestión de niños y a los mayores les da vergüenza que sepan que no se han bautizado o que se van a bautizar en público.

Tenemos que superar esta mentalidad porque la sociedad en que estamos es cada vez más pluralista también desde el punto de vista religioso y es cada vez mayor el número de jóvenes que no han sido bautizados de niños, y ahora, atraídos por Jesucristo, quieren hacerse cristianos y entrar a formar parte de la Iglesia católica.

Tenemos que hacer sentir a todos que el Señor llama a todos: grandes y pequeños, niños, jóvenes y adultos a seguirlo y que la comunidad cristiana experimenta la alegría de acoger y acompañar a todos los que deseen emprender el camino del seguimiento de Jesús y hacer esa opción de vida.

Por todo lo anterior el catecumenado, como noviciado a la vida cristiana, valora y **respeto el crecimiento y maduración personal** de cada uno en el camino de la fe, sin forzar a nadie a creer pero tampoco sin aceptar a quien no está todavía bien dispuesto a ello, y por eso mismo es un itinerario progresivo, por etapas.

Dado que el objetivo del catecumenado es el nacimiento y crecimiento de la vida nueva en Cristo, ha de durar necesariamente un tiempo prolongado, hasta el momento en que se garantice una fe sincera y que la acción sacramental pueda responder a la realidad de quien aspira ser cristiano, de modo que sea un signo pleno de autenticidad.

La formación catecumenal seria y prolongada, será necesaria para respetar el camino y el ritmo de cada persona hacia Dios, sin prisas por dar lo que todavía no se puede recibir sin las debidas garantías, de la misma manera que Dios mismo respetó la situación del hombre y esperó hasta el momento oportuno para manifestarse en Cristo Jesús, en la plenitud de los tiempos. No en vano los Padres de la Iglesia consideraban el Antiguo Testamento como

tiempo de preparación, un "catecumenado" que tuvo que recorrer el pueblo de Israel, para que la humanidad pudiera recibir a Jesucristo. De la misma manera, el catecúmeno se prepara para recibir a Cristo y darlo a conocer con su vida a quienes lo rodean.

Por eso el catecumenado es esencialmente una propuesta pastoral para jóvenes y adultos, capaces de entender y acoger en plenitud las exigencias de la fe.

La comunidad cristiana lugar, sujeto y fin de la Iniciación cristiana.

Cada vez más se pone de relieve la importancia y el papel de la comunidad en los procesos de educación e la fe y en la iniciación cristiana. La Comunidad cristiana es el lugar natural de la educación en la fe, de la catequesis, es el sujeto de la catequesis, es condición para una catequesis eficaz y es la meta de la catequesis. Es lo que se llama **opción por la comunidad** y es muy importante que la catequesis sea hecha en comunidad y cree comunidad. La pastoral de la Iglesia debe estar orientada a crear comunidades nuevas y auténticas. Precisamente uno de los aportes más significativos de la pastoral en y desde América Latina ha sido el nacimiento y desarrollo de las Comunidades Eclesiales de Base, de las pequeñas comunidades como lugar de evangelización y donde se puede compartir la experiencia cristiana, comunidades de talla humana, donde se pueden establecer relaciones fraternas de comunión y participación.

4. Objetivos de una misión evangelizadora

Los objetivos de una pastoral evangelizadora deben ser definitivamente misioneros por cuanto tienden a hacer presente el Evangelio en la sociedad, bien sea por la "**presencia**", bien sea por "**la mediación**" de cristianos verdaderamente convertidos a la fe.

Según estos planteamientos la acción pastoral debe programarse y desarrollarse siempre en función de responder a las siguientes finalidades:

a. Para formar cristianos convencidos.

La misión evangelizadora necesita realizarse a través de cristianos que vivan en actitud de permanente "conversión" a Jesucristo y a su proyecto. La acción pastoral deberá entonces estar orientada a afianzar la conversión que les permita dar solidez existencial a su opción por Cristo; a equiparlos de suficiente bagaje para que puedan ahondar sus convicciones cristianas en medio de las dificultades que hoy enfrentan en un mundo pluralista y a veces también adverso, y a iluminar desde la fe las situaciones diarias que han de vivir.

b. Para formar comunidades adultas

Para llevar a cabo con eficacia esta misión se hace necesario un conocimiento serio de la realidad y del contexto en que se vive y una formación sólida de la fe. Sin una síntesis serena y profunda entre fe y vida, y diálogo entre fe y cultura, la presencia, acción y testimonio de la fe en medio de una cultura con muchos rasgos de neopaganismo y secularismo correrán el riesgo de perderse baldíamente. Se requiere para ello que los causes acostumbrados de formación en la fe ofrezcan suficientes elementos existenciales y doctrinales para que el cristiano sepa dar razón adulta de su esperanza. Se requiere además que la dimensión social de la fe escape de paternalismos, espiritualismos, "caridades" y que, por el contrario, se exprese en una opción clara por los pobres y su causa, en la fuerza de la denuncia profética, en la sensibilidad para descubrir y responder a las necesidades más profundas de las personas y comprometerse en la lucha por los grandes valores humanos y las grandes causas de la humanidad.

c. Para formar laicos con conciencia de su índole secular

La pastoral evangelizadora debe tomar conciencia de que son los laicos y laicas cristianos quienes tienen que hacer presente el Evangelio en el corazón de la sociedad. Por su "índole secular" ellos y ellas son la Iglesia en la sociedad y por su acción pastoral

la Iglesia debe buscar que los laicos entiendan y asuman su "seglaridad" y, de este modo, por medio de su "compromiso temporal", se vean capacitados para ser testigos de Jesucristo en el mundo, agentes de la "inculturación" del fe en el tiempo actual transformando el orden temporal según Dios, como primicia del Reino.

Una nueva cultura evangelizada sólo ocurrirá si se cuenta con laicos que asuman la dimensión social y secular de su fe. Por ello se necesitan encuentros de reflexión que faciliten la lectura creyente de la realidad, el acercamiento a la espiritualidad seglar; celebraciones que incorporen los problemas reales de la vida y de la sociedad y a ellos remitan; la preparación para ser evangelizadores desde la familia, la profesión y las responsabilidades públicas.

d. Para suscitar vocaciones y ministerios específicos dentro de la Iglesia.

La pastoral evangelizadora, requiere personas que desde la pluralidad de carismas y ministerios animen y conduzcan la acción misionera de la Iglesia. Tarea propia de la Comunidad cristiana es la de ayudar a descubrir y a promover la diversidad de carismas en una Iglesia toda ella comprometida en el servicio, promotora de la comunión y la fraternidad, portadora de la Palabra y fortalecida con la celebración de la fe.

Mario Leonardo Peresson Tonelli SDB

11 de Septiembre de 2007